

Narraciones para niños condenados a muerte

Cachetes Rojos

Por Cristian Zaelzer

Mario había nacido un miércoles por la mañana. Nació gritando que era el hijo de la tierra y el huracán. Les gritó a los cuatro vientos que no había hombre en su familia que le diese nombre. Mientras los ojos de los viejos lo marcaban con miseria en una tierra sin derechos. Sin derechos para los que no están acompañados de una figura con bolas.

Los susurros de las viejas le llegaban en secreto al niño. “Dicen que es guacho, que la puta de su madre estaba cansada de tanto gentío y se fue de juerga.” Las palabras pueden ser tan venenosas pero que va a saber uno si habla como un simio. Me pregunto, ¿de qué color será el veneno que ponzoña el corazón de un crío? ¿azul? ¿verde? ¿amarillo? o ¿rojo?

Mientras nadaba en sus entrañas, su madre trató tantas veces de enviar al mocosito de regreso al limbo. Pero el paracetamol y la aspirina no superan los raspajes ni los viajes al Caribe. Ni los regalos de los padres de barrio alto cuando la fiesta y el sobajeo deja a las niñas con semillas y latidos en la barriga. Mario había tratado de quedarse. Era porfiado, y porfiado sería toda su vida.

Había nacido azul, un tanto hipóxico. Y aún así atraía afectos y rebozos. Tenía una sonrisa afable, gorda y brillante. Carente de dientes, pero con las encías tan coloradas que sólo eran superadas por el rostro azaroso de su madre alimentándole en el calor del verano. No hacía mucho ruido y parecía poner atención a cada sonido que entraba y salía de la habitación.

Cuando no estaba callado estallaba en carcajadas, como si la broma de haber nacido se extendiera y recontara. Górgoros en cada risa iniciada sin motivo alguno. Simple combustión espontánea sin fósforos ni gasolina. Su madre lo miraba entre culpas y rechazos azules. Con un sentimiento de mierda que le ablandaba el corazón cada vez que se perdía en los ojos del crío.

¿Tenía estrellas en las pupilas, o sería el puto instinto materno pateándole los ovarios? Pensaba ella en silencio, encapsulada en su propia prisión mental. La casa era grande para una empleada eterna. Allí tenía hacinados a sus hermanos, su madre que la golpeó hasta los treinta y cinco, y dos de sus tres hijos. El tercero divagaba en el norte. Entre vagones de tren, a veces de mecánico, a veces con pulgas.

Si los antidepresivos hubiesen existido en esos años, la casa habría abundado en ellos. Los sollozos de cárcel a veces se escapaban del baño. Las mejillas de Mario ya no eran azules como el paracetamol en el agua o el rostro de un ahogado. El llanto verde de prisionera le había aguado los cachetes hasta volverlos azul pálido. Los niños escuchan.

¿Cómo puede uno amar tanto a alguien que nunca quiso? Mario dormía entre arrullos. Con sueños hechos de nubes. Con esa inocencia en el cerebro de un cachorro. Sin conexiones, todo todavía moviéndose de un lugar a otro. Un libro lleno de páginas en blanco que poco a poco se escribe sin que lo notemos. Cada nota, ladrido, canción, y caricia. Cada uno con su propia tinta.

Los días, semanas, y meses pasaban. La abuela le cantaba canciones antiguas, su aroma era de rosas y perfumes viejos. Los días tenían un color de Polaroid amarillento, como si sus ojos fueran un eterno filtro de luz. Sus abrazos eran cálidos, sus acciones tan distintas de las que sus propios hijos tenían memoria. La vaca sagrada le llamaban ellos, el niño era intocable.

Aún así a veces las peleas en la casa entraban y se escondían en sus orejitas de muñeco. La vez que un tío se fue preso. La vez que la abuela se fue de casa con el hijo predilecto. Un café chupa sangre caliente que se deleitaba en follarse a cuanta mujer se le cruzara. No había hecho siquiera reparo de su propia familia. La hermana de Mario exudaba asco por él.

El asco es amarillo, como vaciado de estómago luego de una comida en mal estado. Cuando la madre de Mario se fue de la casa a buscar trabajo el rostro del niño delicadamente se volvió de ese color. Su hermana se había casado, y ya no había razón para aguantar las visitas indeseables de familiares tóxicos. Aunque claro, nunca nadie supo las razones. Y si las supo, como buena familia latina, guardó silencio para cuidar las apariencias.

Una delgada línea de eventos se sentaba secretamente en los ojos de tierra del niño. ¿Puede un bebé hilar recuerdos? Era tan pequeñito. La casa se quedó sin tíos, sin abuela, y sin madre. Mario apenas caminaba cuando la noticia del asesinato de su hermano llegó a los oídos de ella. Tres días después de que lo hubiesen enterrado.

Azul, verde, amarillo, y ahora la pura pena roja apretando y destruyéndole el corazón en remolinos de odio, culpa y ese profundo sabor amargo de lo inevitable. Nada en el universo le iba a regresar el tiempo malgastado. Nada en el universo le iba a perdonar haber querido ser libre. Su niño de ojos verdes ahora estaba muerto, muerto y enterrado antes de siquiera haberle dicho adiós, mamá.

Regresó del extranjero con una camisa rasgada manchada de sangre. Cuando llegó a casa la lavó con la delicadeza con la que se lavaría un diente de león. Esa noche lloró amargamente. Todos en la casa lo hicieron. Mario escuchaba en su camita, ojos bien abiertos. Memorias de sangre y lágrimas grabadas en papel de piel y luego guardadas donde jamás pudiera encontrarlas. Sus mejillas tomaron un color rosado suave.

Su mamá le leía cuentos, ella era un hada madrina en el país de las narraciones cuando le hablaba al niño. Y como hada de cuentos al día siguiente había desaparecido de nuevo. El dolor la llamaba, los

culpables se hacen adictos al dolor, a sus caricias y arrebatos. Mario se quedó con su hermana. Pronto la casa no estuvo sola y dos niños se peleaban los juguetes y la atención.

Las memorias se colectan con o sin permiso. Vociferan en corredores cerrados y en recovecos sin luz. Luego se apiñan en una pieza, y allí se quedan dormidas hasta que alguien grita. Mario corría riendo por las poblaciones y asentamientos. Corría como un diablo siguiendo un volantín perdido. Todo era un juego, hasta que ya no lo era. Su hermana furiosa y preocupada le dio unas palmadas. Mario lloró entre dos camas repitiendo su desconsolador llamado; Mamita.

Allí entre medio de los silencios, las memorias escondidas de Mario continuaron llenándose de lágrimas. Húmedas en la oscuridad la tinta que las escribía se despegaba del papel. Primero unas gotas que le cambiaban el color de las mejillas. Luego la tinta moviéndose y envenenando el corazón.

Tinta azul de sus primeros meses cuando las pastillas y la asfixia lo querían muerto. Tinta verde de las lágrimas prisioneras de su madre cautiva. Tinta amarilla de una familia que encubría los asquerosos comportamientos de los hombres de la casa. Tinta roja hecha de muerte, abandono, y culpa. Fue esta última la que comenzó a pegarse en las mejillas del niño.

¿Cuántas penas se necesitan para llenar una memoria de veneno? ¿Cuántas acciones las derriten y derraman al corazón? ¿Cuántas ausencias la bombean a la piel? El sol del verano vino con sus días de calor sin perdón. El agua esfumándose en vapores flotando y dejando tras de sí la tinta que se volvía una capa de polvo aterciopelado sobre la suave piel de Mario.

La madre había regresado con las manos vacías luego de dos años de juicios. La venganza calma el espíritu de los culpables, pero cuando el dinero sigue dictando quién la recibe y quién no, el veneno encuentra otras formas de comerse el alma. Los silencios en la casa se hicieron eternos, especialmente entre madre e hija que nunca supieron cómo encontrarse.

Y entre tanto silencio los susurros se escapan y se hacen audibles. Una tarde el hombre de amarillo fue invitado a cenar a la casa. La hermana de Mario le gritó a su madre que ella no recibiría a ese malnacido en su casa. La madre le respondió que ella era libre de mandarse a cambiar y decidir cuando tuviese la suya propia. Hay patrones que nacen en historias que desconocemos.

Hubo griteríos, llantos, y portazos. Mario escuchaba. Mario absorbía. Algo dentro de su alma descargaba balazos en su mente inconsciente. Su hermana comenzó a empacar las cosas de su niño. Ya más tarde vería dónde diablos se iba. Quizás podía esperar a su marido afuera. Hervía de rabia y pena. Estaba en eso cuando golpearon a la puerta. Se quedó callada. No le daría el gusto de verla así.

Cuando un niño se vuelve el instrumento de pago por tanta desgracia, las mejillas rojas le supuran veneno. ¿Y qué sabe un crío de justicia? o quizás sabe mucho y por eso no necesita de balanzas ni

discusiones. Que grande está la vaca sagrada - dijo el tío mientras le pellizcaba los cachetes y lo levantaba en el aire besándole con ganas las mejillas rojas y regordetas.

La hermana de Mario salió de su habitación cuando escuchó los gritos. El hombre trataba de agarrarse de la mesa arrastrando los platos en su viaje al piso. La cara se le había puesto verde, azul, y amarilla. Los ojos inflamados como si alguien lo estuviera ahogando. La espuma le brotaba de la boca como un perro rabioso. Las venas en el cuello hinchadas a punto de explotar.

Cayó como un saco de papas al piso. La mujer del tío gritaba como un cordero llevado al degüello. La mamá de Mario había alcanzado al niño cuando caía de los brazos del hombre. Su instinto por fin había despertado. Hubo convulsiones, espasmos, y luego silencio. Luego vinieron de nuevo los gritos, y el llanterío. La ambulancia se llevó un cadáver. Ataque cardíaco dijeron.

Las mejillas de Mario estaban pálidas. La pena y el peso se habían esfumado. El asesinato en ignorancia no es nada más que una mota de polvo que desaparece en una tormenta. No deja culpas, solo lugares vacíos. No hay rencores cuando la balanza finalmente se equilibra. Para Mario esto fue solo silencios y nuevos comienzos. Nunca nadie habló del color de sus mejillas.

(Septiembre 20, 2020)